



Miren a Mi Siervo

*Vistazos de Jesucristo como el Siervo de
Dios en la profecía de Isaías*

David Alves

© Prensa Acacia 2022

Prensa Acacia
Emiliano Zapata Campeche, México
www.graciasgracia.com

MIREN A MI SIERVO

Vistazos de Jesucristo como el Siervo
de Dios en la profecía de Isaías

David Alves

Prefacio

Isaías en sus profecías nos presenta dos aspectos muy contrastantes de nuestro Salvador. En ocasiones, nos traslada a las escenas de gloria que serán del Mesías en su reino venidero; pero también nos lleva a las profundidades de la humillación a las que llegó el Siervo de Jehová al estar en el mundo. Nos presenta su trono y también nos lleva a su cruz. Por un lado, oímos las alabanzas que serán suyas, y por el otro lado, sentimos el rechazo que también fue suyo.

La Biblia nos habla de varios siervos de Dios que le sirvieron con devoción, pagando un alto precio. Isaías en su profecía también menciona a distintos siervos, los cuáles son: él mismo como profeta (Isa. 20:3), Eliaquim (Isa. 22:20), David (Isa. 37:35) e Israel como nación (Isa. 41:8). Ninguno de ellos se compara con el Siervo de Dios, su Hijo, del que también nos escribe el profeta. Nadie más se entregó al servicio y a la voluntad de Dios como lo hizo él. Nadie más pagó un precio tan alto como él por honrar a su Padre.

No es exclusivo de Isaías que Jesucristo sea presentado como un Siervo. Es un tema recurrente en toda la Biblia. En los Salmos, es el Siervo abandonado (Sal. 69:17). En Zacarías, es el Siervo fructífero (Zac. 3:8). En Mateo, es el Siervo escogido (Mt. 12:18). En Marcos, es el Siervo rescatador (Mr. 10:45). En Romanos, es el Siervo enviado (Rom. 15:8). En Filipenses, es el Siervo humilde (Fil. 2:7).

En este breve compendio, estaremos observando las cuatro presentaciones que Isaías nos da de Cristo como un Siervo. Junto con él, nos asombraremos de la posición tan baja a la que estuvo dispuesto a tomar el Hijo de Dios al abnegarse de todo para obedecer la voluntad de su Padre.

En las cuatro secciones de su profecía que presenta al Señor como Siervo, podemos observarlas bajo los siguientes encabezados:

1. Capítulo 42: El carácter del Siervo
2. Capítulo 49: La recompensa del Siervo
3. Capítulo 50: La entrega del Siervo
4. Capítulos 52 y 53: Los sufrimientos del Siervo

¡Qué Señor y Salvador tenemos! Tanta humildad y dedicación mostrada por él. Al nosotros contemplarle producirá más devoción en nuestros corazones y seremos más entregados en nuestro servicio a él.

Acudamos entonces a la invitación que Dios nos hace al decirnos: “Miren a Mi Siervo” (Isa. 42:1).

David Alves

Emiliano Zapata,

Campeche, México 25 de Abril de 2022

Tabla de Contenido

Capítulo 1	
El Carácter del Siervo.....	8
Capítulo 2	
La Recompensa del Siervo.....	14
Capítulo 3	
La Entrega del Siervo.....	18
Capítulo 4	
Los Sufrimientos del Siervo.....	24
Capítulo 5	
Los siervos como el Siervo.....	58

1

El Carácter del Siervo

Isaías 42:1-9

El Señor Jesús en el evangelio de Mateo confirma que Isaías escribe estas palabras acerca de él. Al haber sanado el Señor al hombre de la mano seca, él cita la profecía de Isaías en Mt. 12:18-21 para señalar que era en él su cumplimiento.

Al considerar las palabras del profeta, notamos que nos hace saber la invitación hecha por Dios para que observemos a su siervo. Él dice: *“Miren a mi siervo”* (v.1). Lo mismo hace a través del profeta Zacarías cuando nos lo presenta como el Renuevo (Zac. 3:8; 6:12) y como el Rey (Zac. 9:9). También vienen a la mente las benditas palabras que dijo Juan el Bautista de él: *“Miren al Cordero de Dios”* (Jn. 1:29). Esa fue una escena muy distinta a la ocasión en la que Pilato el gobernador presentó a Jesucristo delante de la multitud que anhelaba su muerte, diciéndoles: *“Miren al*

hombre" (Jn. 19:5). Pero en esta ocasión queremos recalcar lo que Dios quiere que veamos en su siervo al hacernos la invitación de observarle a través de Isaías.

Primeramente, en el capítulo 42, Dios nos dice tres cosas que él ha hecho con su Siervo. Él promete sostenerlo. La idea es que lo apoyará, ayudará y mantendrá. En el versículo 6 vuelve a mencionar lo que hará con su Siervo y añade que también lo guardará.

En segundo lugar, Dios afirma que él ha escogido a Cristo como su Siervo. Muchos siervos habían sido seleccionados y llamados por Dios, pero ninguno de ellos gozó de una elección tan especial como la que hubo entre el Padre y el Hijo.

Al hablar Dios de cómo él lo eligió, él añade: *"en quien mi alma tiene contentamiento"*. En todo momento, cuando Dios observaba a su Hijo, él podía favorecerse y deleitarse en su siervo. En la eternidad pasada, antes de la creación, este Siervo singular deleitaba a su Dios todos los días (Pr. 8:30). Al estar aquí en la tierra, siguió haciendo lo mismo. En dos ocasiones, el Padre hizo saber su complacencia en su Siervo: al ser bautizado (Mt. 3:17) y al manifestar su gloria sobre un monte (Mt. 17:5).

La tercera cosa que Dios dice haber hecho con su Siervo, es poner *"sobre él mi Espíritu"*. Esto se cumplió cuando el Espíritu descendió sobre él al ser bautizado por Juan en las aguas del río Jordán (Mt. 3:16). Todo lo que hizo fue en el poder del Espíritu de Dios. A pesar de ser Dios, Cristo Jesús dependió de él para ejercer la obra que Dios le dio, para darnos a nosotros el ejemplo de que debemos hacer todo únicamente bajo su poder.

Dios entonces nos comparte lo que sí hará y lo que no hará su siervo. Comencemos considerando lo que no hará en los versículos 2-4.

“No gritará, alzaré su voz, ni la hará oír en las calles.” Cuando Cristo predicaba, hablaba en un cierto tono de voz para que pudiese ser escuchado. A eso no se está refiriendo Isaías. Lo que tiene en mente es el carácter apacible, dócil y sereno del Siervo de Dios. Aún al ser calumniado y sentenciado a la peor muerte posible, él mantuvo esta conducta de mansedumbre. *“No abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció; y no abrió su boca.”* (Isa. 53:7)

Todo siervo de Dios va a tener opositores. Seamos siempre como el Señor, quien no fue contencioso. Pablo instruye: *“Un siervo del Señor no debe andar peleando, sino que debe ser bondadoso con todos, capaz de enseñar y paciente con las personas difíciles. Instruye con ternura a los que se oponen a la verdad”* (2 Tim. 2:24, 25).

“No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que casi no arde”. La caña mencionada ya está por quebrarse al haber sido maltratada y la mecha está a punto de apagarse por tanto viento. Nosotros podemos ser como esa caña o esa mecha. El pecado y las adversidades nos hacen en ocasiones estar próximos a quebrarnos o estar a puntos de apagarlos. La docilidad de Cristo mostrada ante los que eran como la caña quebrada o la mecha que humeaba, era tanta, que los trataba con suma delicadeza para no maltratarlos más de lo que ya estaban. ¡Cuántas veces alguien desanimado o en pecado ha necesitado la ternura de las manos del Siervo de Dios!

¿Por qué cuando alguien no está en obediencia a Dios, los tratamos con tanta dureza o indiferencia? Emulemos el ejemplo del manso siervo de Jehová, en querer fortalecer las cañas quebradas y hacer que el fuego de otros arda.

“No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley.” El Señor siempre mostró perfecta templanza, más no era débil. Incansablemente buscó siempre cumplir la voluntad de su Dios aún cuando fue despreciado por muchos. ¿Cuántas veces no descansó o no comió por querer servir a su Padre y a los que estaban a su alrededor? No solamente lo hizo al estar aquí, sino que lo sigue haciendo desde el cielo y lo hará hasta que se cumplan todos los propósitos de su Dios. Él es el *“Anciano de días”* que menciona el profeta Daniel que está en control de todas las naciones. A pesar de sus numerosos ejércitos con sus avanzadas tecnologías, él las maneja y un día las vencerá para cumplir su máximo propósito: gobernar la tierra siendo el Rey de reyes y Señor de señores. No debe haber ninguna duda, el Señor Jesús sí establecerá su justicia en toda la tierra y las costas (islas) se sujetarán a su ley.

Jehová también nos presenta las asombrosas cosas que sí realizará su siervo. *“Traerá justicia a las naciones.”* En el pasaje bajo consideración, en tres ocasiones Jehová habla de la justicia que su siervo introducirá a este mundo como jamás ha sido visto (versículos 1, 3, 4). En el versículo 1, asegura que lo hará; en el versículo 3, nos dice que lo hará a través de la verdad; y en el versículo 4, señala que trabajará hasta que se logre la justicia que tanto anhela ver en el mundo que lo puso sobre la cruz. Traerá justicia porque su llamado de Jehová fue realizado en justicia (v.6).

No tenemos que ser grandes conocedores de la historia para entender que la justicia siempre ha carecido en este mundo, intensamente afectado por el pecado. Como creyentes no podemos esperanzarnos en los líderes políticos para que ellos nos traigan justicia.

¡Qué esplendoroso será el reino de Jesucristo! El Salmo para Salomón dice que en el reino milenarío de Cristo: “floreceará en sus días justicia” (Sal. 72:7). Isaías también profetiza sobre este atributo del glorioso reino del Señor: “juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra... será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura” (Isa. 11:4, 5).

“Te pondré por pacto al pueblo” El Padre le promete a su Hijo que él mismo representará el convenio entre él y las naciones de la tierra sobre las cuales gobernará. Ya no será a través de las tablas de la ley, como en el pacto hecho con Israel. Ni tampoco a través de su sangre como lo es en el pacto actual. Será Cristo mismo el que representará todos aquellos benditos propósitos que Dios tendrá para su pueblo. Nada ni nadie podrá quebrantar aquél pacto que Dios firmemente establecerá. En el Señor Jesucristo siempre se cumplen todos los propósitos y cada una de las promesas de nuestro Dios. Pablo escribiendo sobre Jesucristo, nos afirma este hecho que infunde plena serenidad en nuestras almas. *“Todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén”* (2 Co. 1:20).

“Por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos” El Rey de gloria, no solamente contribuirá al reino justicia y que será puesto por pacto, sino que también, será puesto por luz a las naciones que habían estado en tinieblas.

En su primera venida a la la tierra trajo luz a las multitudes que estaban en tinieblas (Isa. 9:2; Mt. 4:16). Muchos creyeron en él como la Luz del mundo cuando él vino (Jn. 8:12; 9:5), y desde entonces, millones de nosotros también hemos sido sacados de las tinieblas. Estábamos cegados por el dios de este siglo (2 Co. 4:4) pero gracias a él hemos visto la luz y la ceguera fue quitada. Pero en términos generales, la gran mayoría ha rechazado la luz que él vino a traer.

En su segunda venida, cuando él establezca su reino y después de que haya culminado la gran tribulación, él será la luz de las naciones y su gloria brillará sobre este planeta como nunca jamás. La gran diferencia, es que en el milenio, la gran mayoría lo habrá reconocido como la Luz del mundo y no andará en tinieblas.

“Para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas.” ¡Cuánto ha dañado el pecado a la humanidad! Lo ha sumido en densas tinieblas y lo ha esclavizado cruelmente. El Señor vino a quitar nuestra ceguera espiritual, pero también vino a liberarnos del yugo de los que fueron nuestros terribles amos: el pecado y Satanás. Isaías profetiza sobre esto mismo casi al final de su profecía (61:1).

Han existido varios libertadores a lo largo de la historia que le han dado libertad a pueblos que estaban bajo la opresión de tiranos y dictadores. Nadie se compara con el Libertador de nuestras almas quién ha redimido un pueblo para sí por medio de su muerte en la cruz.

Sigamos el ejemplo del Siervo de Jehová en cuanto a su carácter. Él nos pide: “Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29).

2

La Recompensa del Siervo

Isaías 49:1-7

En el versículo 3 el Siervo es identificado como siendo la nación de Israel, pero creo que el pasaje que tenemos por delante, nos mostrará que su cumplimiento final es en el Señor Jesús. En los versículos 5 y 6 se hace una clara distinción entre el Siervo y la nación de Israel. Sin ninguna duda, es el Hijo de Dios de quien leemos en este capítulo. Cristo representa a Israel y también provino de esa nación; pero aquí él es la personificación de Israel.

En los primeros tres versículos se nos va a mostrar cómo fue el precioso llamado de Dios al Señor Jesús al elegirlo como su Siervo. Es tan importante, que es anunciado a las “costas” y a los “pueblos lejanos”. La elección de este Siervo, que está por encima de todos los demás, debe

hacerse saber a Israel y a todos los pueblos gentiles.

No solamente vemos su importancia en la vasta extensión territorial a la que se le da el aviso de su llamado, pero también lo notamos en el tiempo en que fue hecho. Dios llamó a su siervo desde el *"vientre"* y las *"entrañas"* de su madre María. Lo hizo aún mucho antes que eso cuando lo llamó desde la eternidad pasada (Miq. 5:2; 1 Pe. 1:20).

En relación a su llamado, vamos a ver tres cosas que dice Cristo el Siervo, que Dios haría con él (v.2). En primer lugar, notemos la autoridad que tendría su palabra al decir que su boca sería como espada aguda. La segunda cosa es que lo cubriría con la sombra de su mano. Por último, Dios pondría a su Siervo por *"saeta bruñida"* y lo guardaría *"en su aljaba"*. Cristo es considerado como una flecha pulida. Quizás aquí podemos considerar al Padre preparando a su Siervo durante los treinta años entre su nacimiento y antes de que saliera a predicar. Así como con nosotros, fue con el Señor. No hay tiempo perdido con Dios. Él nos va equipando para poder cumplir sus propósitos en nuestras vidas. Muchas veces es a través de adversidades. Como si fuera, en relación a Dios con su Siervo perfecto, él estaba puliendo su flecha para utilizarla con gran poder en el tiempo señalado.

Antes de que Jesucristo comenzara su servicio, Dios ya podía gloriarse en él. En el versículo 3 le dice: *"Mi Siervo eres, oh Israel, porque en ti me gloriaré."* En el capítulo 42 veíamos que Dios podía decir que en él estaba su complacencia. Ahora nos hace ver la confianza que él tiene en que él se gloriará en su Siervo predilecto.

En los versículos 4-7 se nos describen dos cosas del Siervo: su rechazo y su exaltación. Jesucristo repasa sus años

de servicio y llega a la siguiente asombrosa conclusión: *“Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas”* (v.4). Trabajó incansablemente por el bien de los demás, al sanar y predicar el evangelio del reino, mas sin embargo, pocos fueron los que creyeron en él y le siguieron. Aún los que habían decidido ser sus discípulos, no resultaron ser lo que él esperaba de ellos (Jn. 6:66, 67).

Cuando no vemos los resultados que queremos en nuestro servicio a Dios, debemos pensar como lo hizo el siervo de Dios. Él dice: *“Mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios.”* Dios no nos recompensa en base a resultados que vemos en el ministerio, sino que lo hace en relación a nuestra fidelidad en nuestro servicio a él. Seamos como Cristo, dejemos nuestra causa delante de Dios y él nos recompensará por lo que hemos hecho para su gloria. Enfócate en ser fiel, no en los números.

Después de ver su rechazo por el hombre, ahora aprenderemos distintas maneras en las que Dios ha exaltado a su siervo en los versículo 5-7. Dios siempre valora nuestro servicio, ¿cuánto más el de su Hijo? Así como él nos recompensará a nosotros; también lo ha hecho y lo hará con Cristo.

Primeramente, él se ve *“estimado”* ante los ojos de su Dios. ¿No es ese uno de los temas de Pedro en sus epístolas? Su sangre es preciosa (1 Pe. 1:19). Él es la piedra preciosa y escogida por Dios (1 Pe. 2:4). Para los que hemos creído él es precioso (1 Pe. 2:7).

También Dios lo exalta al ponerlo como el levantador de las tribus de Jacob, restaurador del remanente de Israel y como luz de las naciones para salvar hasta lo postrero de la tierra. Es muy claro que Dios aún tiene a la nación de Israel en su agenda. Algunos erróneamente enseñan que la iglesia

ha reemplazado a Israel. Enseñar que Dios se ha olvidado por completo de su pueblo y que todas las promesas que él les hizo ahora son para la iglesia, es completamente contrario a lo que la Biblia enseña.

Isaías vuelve a tocar sobre el rechazo del Mesías al describirlo como el *"menospreciado de alma"*, *"abominado de las naciones"* y *"siervo de los tiranos"*. Las primeras dos acentúan el desprecio que experimentó por los hombres en general. Y cuando habla de él como el *"siervo de los tiranos"* es porque se sujetaría al juicio corrupto de hombres perversos como Herodes y Pilato, quienes lo sentenciaron a la muerte de la cruz. En el versículo 7, también vemos que el profeta contrasta esas tres características que resaltan su rechazo con algo increíble que sucederá con el Siervo de Dios. Jehová asegura que los príncipes y los reyes de la tierra lo adorarán. Llegará el día cuando hasta los más poderosos, tendrán que reconocer la grandeza del siervo de Jehová. El que fue rechazado, será exaltado *"hasta lo sumo"* (Fil. 2:9).

Cristo es nuestro Precursor. El que camino que nos abrió, ciertamente tiene sus adversidades y dificultades, pero al final todo nos será recompensado. No perdamos de vista que todo lo que hagamos en esta vida, tendrá su "grande galardón" (Heb. 10:35) allá en la gloria. Imitemos al Siervo de siervos, quien sirvió pensando en la recompensa que venía después.

3

La Entrega del Siervo

Isaías 50:4-11

Isaías nos da aquí cuatro aspectos sobre la asombrosa entrega de Cristo a Dios:

- i. El motivo de su entrega (v.4, 5)
- ii. El costo de su entrega (v.6)
- iii. La firmeza de su entrega (v.7)
- iv. La recompensa por su entrega (v.8, 9)

El profeta de Jehová nos recalca las distintas maneras en las que la obediencia del Salvador a su Dios, tuvo profundos efectos sobre su cuerpo. Leemos sobre su: lengua (v.4), oído (v.4, 5), espalda (v.5, 6), mejillas (v.6) y rostro (v.7).

Él comienza en el versículo 4 por describiéndonos sus hábitos en relación a cómo utilizaba su boca y su oído. Como

Siervo, muestra dependencia en su Dios en lo que él debía decir para tener *“lengua de sabios”* y para *“saber hablar palabras al cansado”*. En Juan 7:16 él dijo: *“Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió.”* También afirmó: *“Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras”* (Jn. 14:10). Si la Palabra o el Verbo de Dios buscaba a su Padre para darle dirección en lo que iba a decir, ¿cuánto más deberíamos de hacerlo nosotros?

Debe llamarnos la atención cuáles eran las personas que más le preocupaban y que él sentía la necesidad de dirigirles una palabra. No era a los poderosos ni a los que tenían fama. Siempre le dio prioridad a los *“cansados”*. En una ocasión le pidió a sus discípulos que lo acompañaran a un lugar desierto para que descansaran (Mr. 6:31). El entorno les habrá provisto tranquilidad, pero, ¿cuánto más lo que él les habrá dicho durante ese tiempo de retiro! El Señor también un día dijo: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os hará descansar.”* (Mt. 11:28) Han pasado dos mil años desde de que pronunció esas palabras, y aún tenemos muchos que en las tormentas de la vida, hemos experimentado una gran bonanza al considerar esa promesa hecha.

Su lengua estaba a la disposición de Dios, pero también su oído. El Señor Jesucristo habla de cómo despertaba mañana tras mañana para oír como los sabios. La palabra *“despertará”* significa *“incitar”*. Aún aquel que es Dios omnisciente, que lo sabe todo, prestó su oído para escuchar la voz de su Padre. Es semejante al varón bienaventurado del Salmo 1 que medita en la ley de Dios de día y de noche. Cristo nos da aquí la razón por la que él tenía lengua de sabios y por qué él podía saber hablar palabras al

cansado. La clave era que antes de hablar, él escuchaba a su Padre. Lo que padeció a lo largo de su vida, también fue algo que le permitió adquirir sabiduría invaluable (Heb. 5:8). El Señor nos deja el ejemplo, que para hablar como los sabios, tenemos que oír como los sabios y experimentar aflicción.

Jesucristo sigue hablando en la profecía y continua con el tema de su oído. Él dice: *"Jehová el Señor me abrió el oído"*. Ahora ya no es Cristo Jesús abriendo su oído a su Dios, sino que es el Padre abriendo el oído de su siervo. El verbo *"abrió"* en uno de sus usos en las Escrituras podemos ver que significa: *"esculpir, grabar"*. En un sentido espiritual, no físico, nos pudiera hacer pensar que el Señor fue como el siervo hebreo bajo la ley dada a Israel. Éxodo 21 establecía que el siervo que deseaba permanecer en casa de su amo para servirle por siempre, su oreja era horadada, y por el resto de su vida llevaba esa marca que era testimonio de ello. El Hijo de Dios fue el Siervo ejemplar que permitió que su Dios le abriera el oído para serle *"obediente hasta la muerte, y muerte de cruz"* (Fil. 2:8). En Salmos 40:6-8 el Señor al venir al mundo (Heb. 10:5-9) pensó en el hecho de que Dios había abierto sus oídos.

Veamos cómo respondió Jesucristo a que Dios le abriera su oído. Él dice a eso: *"yo no fui rebelde, ni me volví atrás."* Nunca quiso buscar su propia voluntad y sería completamente incapaz de darle la espalda a lo que Dios quería para él. Fue todo lo contrario al profeta Jonás quien sí le dio la espalda a Dios. Cristo dijo: *"Yo siempre hago lo que le agrada"* (Jn. 8:29). Él describe en el versículo 6 que voluntariamente dio su cuerpo a los que le hirieron y que no escondió su rostro de los que se burlaron de él ni de los que le escupieron.

Cuando habla de su “*cuerpo*” en el versículo 6, en Hebreo es la palabra “*espalda*”. Pensamos en el Señor entregando su espalda “*a los heridores*”. En su muerte, su cuerpo fue manejado por “*manos de inicuos*” (Hch. 2:23). Muy distinto a su nacimiento y a su sepultura. Al nacer, María, una joven piadosa, le envolvió en pañales; al ser sepultado, José y Nicodemo, hombres justos, manejaron su cuerpo al colocarle en la tumba. No fue así en su crucifixión. Hombres fuertes y crueles hirieron su espalda al azotarle. En el Salmo 129:3 leemos: “*Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos.*”

Es la misma espalda que nos cargó cuando él nos encontró y rescató siendo ovejas perdidas (Lc. 15:5). La misma espalda que fue dañada por el hombre, fue cargada por Dios con la inmensa carga de nuestros pecados (Isa. 53:6). Un día esa espalda, llevará el gobierno mundial, cuando Cristo reine (Isa. 9:6).

También asombra pensar en el rostro de Cristo en aquél día. Llena de vergüenza por lo que le decían, lastimada severamente al ser arrancada su barba y también empapada de saliva por los escupitajos de los hombres. La barba siendo arrancada habrá sido motivo de intensa humillación para el Señor al ser judío. Dios advertía que tendría que castigar el pecado de naciones haciendo eso mismo con otros por el escarnio que causaban (Isa. 7:20; 15:2; Ez. 5:1). Cuando las barbas de los soldados de David fueron cortadas a la mitad, fue algo que les causó tanta pena que no salieron a la batalla hasta que les volvió a crecer (2 Sam. 10:4, 5). No solo la vergüenza por la barba arrancada; sino también por el hecho de que le escupieron, quizás lo más bajo que un ser humano le pueda hacer a otro. Aquel que escupió en tierra para poner lodo sobre los ojos del ciego

para darle su vista, fue el que se encontró con saliva escurriendo por sus mejillas de sus propias criaturas.

Al pensar en su rostro, afirmamos que no hay rostro como el del Señor. Como la mujer sulamita, decimos de las mejillas de nuestro Amado: *“Sus mejillas, como una era de especias aromáticas.”* (Can. 5:13) En este pasaje, las vemos tan lastimadas. No entendemos cómo el mismo rostro que un día resplandeció como el sol cuando manifestó su gloria sobre un monte alto (Mt. 17:2), ahora lo encontramos que está destrozado y desfigurado. Un día muy cercano vamos a mirar ese rostro (Ap. 22:4), ya no lastimado, sino irradiando la gloria de su Padre.

Su entrega como siervo a la voluntad de Dios y a la tortura cruel llevada a cabo por aquellos hombres, lo describe utilizando el pedernal como ejemplo. Él dijo: *“Puse mi rostro como un pedernal”* (v.7) Esta roca se caracteriza por su dureza y resistencia. Esto indica que nadie obligó a Cristo a ir a la cruz. Él *“afirmó su rostro para ir a Jerusalén”* (Lc. 9:51). Pensemos en cómo todos los reos que eran crucificados trataban de resistirse o escudarse de los castigos infligidos por los soldados al morir la muerte por crucifixión. No encontramos tal cosa en nuestro Salvador. Su decisión de ir a la cruz era tan firme, como lo es el pedernal, que se ofreció a que le castigaran con tanta crueldad. Nos quedamos asombrados al considerar la entrega del siervo de Dios, lo que nos llena de devoción para imitarle en su entrega y firmeza.

En los versículos 8 y 9, el Siervo de Jehová habla de su recompensa y de las distintas maneras en las que será favorecido por haber sido obediente. De igual manera, hace ver que tiene toda su confianza puesta en su Padre. Tiene fe

que le ayudará y que también castigará a sus opositores al permitir que envejecan *“como ropa de vestir”* y que serán *“comidos por la polilla”*.

Y en los versículos 10 y 11, hace una apelación a la nación de Israel. En base a lo que ya escribió, ahora les pregunta: *“¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo?”* Les aconseja que confíen en Dios y que se apoyen en él.

¿Cuál es la respuesta de nuestro corazón a lo que hemos contemplado en este capítulo 50 de la profecía de Isaías? El estudio de los padecimientos del Señor nunca debería ser solamente algo teórico para nuestro intelecto. Dios quiere que tengan un impacto en el lado práctico de nuestras vidas, en nuestra vida cotidiana. Él nos ayude a tener la misma entrega que demostró siempre su Hijo.

4

Los Sufrimientos del Siervo

Isaías 52:13-53:12

Jehová nos vuelve invita a admirar a su Siervo al decirnos: *“Miren a mi siervo”*, así como lo hizo en el capítulo 42. En este pasaje, primeramente se nos presenta la exaltación del Señor y después se nos detallará su humillación. El profeta nos da cuatro cosas que Dios hará con su Hijo en el milenio: *“será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto.”*

Al hablar de que *“será prosperado”*, notemos que esta palabra *“prosperado”* en el Hebreo también puede significar: *“actuar prudentemente”*. Es hermoso pensar que en el reino

milenario, el mundo prosperará como nunca antes, por causa de la perfecta administración del Siervo de Jehová. Isaías profetiza en cuanto a esa gloriosa época que nos espera: *“el gobierno descansará sobre sus hombros, y será llamado: Consejero Maravilloso, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de paz”* (Isa. 9:6). La nación de Israel se benefició enormemente por la sabiduría mostrada por el rey Salomón. Para nada se compara con lo que será visto en el Señor.

El hecho de que será *“engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto”* hace pensar en lo que Pablo escribe de él en Filipenses 2:9- *“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo.”* Pero al avanzar en este pasaje en Isaías, nos llamará la atención que esto contrasta con lo que también nos escribirá Isaías sobre el Salvador en relación al menosprecio que recibió. En Isaías 53:10-12 va a terminar el profeta hablando sobre lo mismo con lo que inició: la exaltación del Siervo.

El que gozará de infinita supremacía, en el versículo 14 el profeta nos detalla por primera vez, los padecimientos que él sufriría. Habla de que se asombrarían al verle. No fue un asombro para compadecerse de él, sino que fue en un sentimiento de horror y enojo que tuvieron hacia él. Esto fue algo que recibió del hombre a lo largo de su vida, y ahora lo estaba recibiendo en su muerte. El asombro o el enojo en los hombres hacia nuestro Señor, explica la terrible tortura que le infligieron en su crucifixión.

Leemos acerca de él: *“de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres”*. Tenemos que detenernos y considerar tales palabras. Los redimidos lo hacemos con asombro en nuestros corazones que nos lleva a desear adorarle. Al leer: *“de tal manera”*, está enfatizando la intensidad y la profundidad de sus dolores. La palabra *“desfigurado”* es muy

fuerte. Significa: “corrompido, destruido, podrido, arruinado, pervertido”. Al hablar de su parecer siendo desfigurado, no solamente se está refiriendo a su rostro. La palabra denota que los golpes impactaron su cuerpo, su apariencia en general. Podemos pensar en su estadía en la casa de Caifás. Fue escupido, le dieron de puñetazos y fue abofeteado al tener sus ojos vendados. Ahora vamos al Pretorio donde lo juzgó Pilato el gobernador, y consideramos cómo fue golpeada con una caña su cabeza, que estaba cubierta por una corona de espinas. También sufrió el método tan característico de los romanos de castigar a sus reos que era la flagelación. *“Tomó Pilato a Jesús, y le azotó”* (Jn. 19:1). Nuestro Señor metódicamente fue flagelado con látigos que severamente laceraron su cuerpo. Muchos prisioneros morían antes de ser crucificados, por lo intenso que era ser azotado. Los sufrimientos del Señor persistieron al llegar al Gólgota. Sintió toscos clavos ser martillados en sus manos y en sus pies. Experimentó todo lo que el cuerpo sufría al pasar horas colgado en esa posición. Al haber muerto, su cuerpo también fue desfigurado cuando un soldado traspasó su costado con una lanza. El hecho de que fue desfigurado su parecer, significa que perdió la apariencia o la forma de todo su ser.

Su parecer fue desfigurado, pero también su hermosura, *“más que la de los hijos de los hombres”*. La palabra hermosura significa: “forma o figura”. Esto significa que, no solamente perdió su apariencia, sino que también perdió su identidad como ser humano. Este versículo lo pudiéramos leer de la siguiente manera: *“Tan desfigurado estaba su aspecto de hombre que su apariencia no era la de hijo de hombre.”* Esto pone en manifiesto el amor de Cristo en permitir que fuese

maltratado a tal grado; y la maldad del hombre al haberle infligido tantos dolores tan crueles.

En el versículo 15 se nos dice: *“así asombrará él a muchos”*. La palabra asombrará realmente debería ser rociará de acuerdo al texto en el idioma original. Pedro escribió: *“rociados con la sangre de Jesucristo”* (1 Pe. 1:2) y el escritor anónimo también escribió acerca de su sangre que fue rociada para nuestro beneficio (Heb. 12:24). El efecto purificador de su sangre, no es solamente para la nación de Israel, sino que es para *“muchas naciones”*. Será a través de él y de su obra vicaria que se cumpla la promesa hecha por Dios a Abraham que en su descendencia serían bendecidas todas las naciones de la tierra (Gn. 22:18). En el capítulo 53 veremos al Señor como un cordero y una oveja que andan en silencio, al hablar de su juicio, pero aquí es él causando a otros que guarden silencio. Y no será cualquier tipo de personas. Serán los reyes de la tierra que enmudecerán *“porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído”*. Esto se cumplirá en su venida en gloria cuando venga a constituir su reino. Los más poderosos de la tierra, se quedarán anonadados. Deberíamos notar que estas palabras proféticas de Isaías son citadas por Pablo en Romanos 15:21 pero le da otra aplicación. Emplea estas palabras al describir cómo le predicaba el evangelio a aquellos que jamás lo habían oído.

En el capítulo 53, en los primeros nueve versículos, generalmente hablando, se enfatiza la bajeza y humillación del siervo de Dios. Mayormente el rechazo que sufrió que es descrito aquí, fue hacia su persona; pero en el primer versículo es en cuanto a su mensaje. Se hace la pregunta: *“¿Quién ha creído a nuestro anuncio?”* Esta pregunta enfatiza

lo que el hombre pensó del Señor Jesús. Pone en manifiesto lo que la mayoría de las personas pensaron de él.

La segunda porción en la profecía de Isaías que lo presenta como un siervo en el capítulo 49, ya nos mostró lo que sintió Cristo en cuanto a su servicio aquí en la tierra. Él dijo: *“Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas”*. Sus palabras reflejan la decepción que sintió con lo que él vino a hacer en la tierra durante los tres años de su ministerio antes de morir sobre una cruz. En el evangelio de Juan, también leemos una y otra vez sobre el rechazo que el Señor sufrió, específicamente en relación a sus dichos. Por ejemplo, él dijo: *“Porque digo la verdad, no me creéis... si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?”* (Jn. 8:45, 46). Véase también: Jn. 3:12; 5:38, 47; 6:36; 10:25.

Al hablar Pablo de la incredulidad de Israel, él citó en Romanos 10:16 esta misma pregunta escrita por Isaías que estamos considerando. La humanidad rechazó el mensaje de salvación que trajo el Hijo al mundo, lo siguió haciendo en los tiempos que vivió el apóstol de Dios y lo sigue haciendo en la actualidad.

Si la primera pregunta muestra lo que el hombre pensó de Cristo; la segunda pregunta, *“¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?”*, señala lo que Dios pensó de su Hijo. El brazo de Dios en el antiguo testamento representa su poder. Se le dijo a Israel: *“os redimiré con brazo extendido”* (Éx. 6:6). La pregunta hecha, infiere que el mensaje de Cristo rechazado por el hombre, fue validado por su Padre a través de los milagros que él hacía. Los milagros que hizo mostraban que él era el *“varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él”* (Hch. 2:22). Jesucristo confirmó que esta pregunta en Isaías 53:1, se refiere a que las señales que él

hizo cuando estuvo aquí eran para que las personas creyeran en el mensaje que él predicaba (Jn. 12:37, 38).

Es llamativo pensar en lo que hizo el brazo de Dios con su Hijo. Aquí él es el Siervo habilitado porque el brazo de su Padre le permitió hacer milagros. Es el Siervo sostenido porque Dios prometió sostenerle (Isa. 42:1). Es también el Siervo exaltado porque viene el día cuando el brazo de Jehová obrará para que su Siervo sea *“puesto muy en alto”* (Isa. 52:13). Este mismo brazo de Jehová sería el que permitiría que su Hijo fuese un Siervo cargado porque cargaría sobre él *“los pecados de todos nosotros”* (Isa. 53:6).

Al describir la respuesta que hubo a su mensaje, el profeta en los versículos 2 y 3 nos comenta sobre la reacción que los hombres tuvieron hacia el Siervo como persona. Al decirnos lo que las personas pensaron de Cristo, también nos relata lo que su Padre veía en él. Primeramente nos dice de él, *“Subirá cual renuevo delante de él”*. El renuevo es el tallo que brota de un árbol que ha sido podado o cortado. Nos hace pensar en el Señor sufriendo tantas adversidades, pero aún así produciendo fruto y vida para el agrado de su Dios. Así como el renuevo va creciendo, Jesucristo se fue desarrollando de una forma en la que complacía a Dios. *“Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres”* (Lc. 2:52). En el versículo 11 veremos otra mención de la vegetación en esta preciosa porción de la palabra. La vida fructífera del Señor puede ser claramente contrastada con la esterilidad de Israel en esos tiempos al ser representada por una higuera que no daba fruto.

En otros pasajes del Antiguo Testamento, podemos leer acerca de Cristo como el Renuevo. En Isaías 11:1 encontramos la realeza del Renuevo porque habla de Cristo como la *“vara del tronco de Isaí.”* El profeta Jeremías nos

presenta la rectitud del Renuevo al hablarnos acerca del *"renuevo de justicia"* (Jer. 33:15). El profeta Zacarías señala dos aspectos distintos de Cristo como el Renuevo. La humildad del Renuevo porque lo identifica como siendo un Siervo (Zac. 3:8) y la gloria del Renuevo porque habla del templo que él reedificará en un día venidero (Zac. 6:12).

Es precioso pensar que a pesar de todo el rechazo que sufrió el Siervo de Dios, su vida siempre fue en ascenso, continuamente creciendo *"delante de él"*.

No solo fue como un Renuevo, pero Isaías también indica que fue como *"una raíz de tierra seca"*. Aquí seguimos considerando la deplorable condición de Israel como nación porque es descrita como una *"tierra seca"*. A pesar de eso y de que él fue como una raíz, Cristo siempre agradó a Dios. Es asombroso que el que fue como una *"raíz de tierra seca"*, un día verá la abundancia del *"fruto de la aflicción de su alma"*, que somos todos aquellos que confiamos en él para salvación.

Dios se agradó en ver a su Hijo complaciéndole en circunstancias tan adversas siendo como un Renuevo y como una raíz en tierra seca. Ahora Isaías nos dice lo que el hombre vio en Cristo. *"No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos."* La palabra *"parecer"* es la misma palabra que se emplea en Isaías 52:14 al hablarnos de cómo sería *"desfigurado de los hombres su parecer"*. Allí es en un aspecto físico porque los hombres castigaron tan severamente a Cristo que trastornaron la figura o la apariencia de su cuerpo. En Isaías 53:2, es en relación al hombre considerando a Cristo como alguien que no tenía una personalidad o moralidad que llamara la atención. A pesar de que él es del que se habla en el Salmo 45 como siendo *"el más hermoso de los hijos de los hombres"*, la

humanidad no vio hermosura en nuestro Señor. Por eso no pudieron aceptar que él era el Mesías. Para ellos, él no tenía el ornato, la majestad o el esplendor que estaban buscando.

La conclusión del hombre fue que *“le veremos mas sin atractivo que le deseemos”*. El que es *“el deseado de las naciones”* (Hag. 2:7), fue absolutamente rechazado por los hombres al estar en este mundo. Encontraron atractivo en muchas otras cosas y en muchas otras personas, pero no en él.

El profeta utiliza dos palabras muy fuertes en el versículo 3 para explicarnos el trato que Cristo Jesús recibió de los hombres. Fue primeramente *“despreciado”* porque fue tratado como si fuera vil o sin valor. Es la misma palabra que se emplea al describir el hecho de que Esaú menospreció su primogenitura (Gn. 25:34) o también cuando leemos en 1 Samuel 10:27 que tuvieron en poco a Saúl al dudar que él podía salvar a Israel. En la cruz, es cuando el Señor más sintió el hecho de que había sido despreciado por el hombre. Él dijo: *“Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo”* (Sal. 22:6).

Pero también, en segundo lugar, el Señor fue *“desechado”* según Isaías. Esta palabra en el Hebreo es muy gráfica porque describe a una persona desprovista e indigente. Él sufrió esto en su familia al ser rechazado por sus hermanos. Lo experimentó también por parte de los líderes religiosos a lo largo de su ministerio. De igual forma, fue desechado aún por sus discípulos, quienes eran los más allegados a él. Judás lo traicionó y los demás le dejaron solo al ser arrestado. Fue desechado cuando esa numerosa multitud en Jerusalén pedía a gritos que fuese crucificado.

El menosprecio y el rechazo que recibió, fue al grado que Isaías lo distingue como el *“varón de dolores, experimentado en quebranto”*. Aquí es donde vemos cómo el

Señor se identifica con nosotros cuando padecemos cualquier dolor emocional, incluyendo el rechazo, como el que sufrió él. Cristo es el *"varón de dolores"* por el maltrato que recibió de los hombres, pero también por todas las cargas que llevó de personas que padecían aflicciones. Él podía sentir hasta lo más profundo de su corazón el dolor que llevaba la viuda de Naín a quien se le murió su hijo. También podía relacionarse muy íntimamente con la angustia sentida por María y Marta al morir Lázaro. En este caso, fue al grado que él lloró por verlas en el estado en el que se encontraban. Al ser el *"varón de dolores"*, él se compadece también de nosotros en nuestras angustias (Heb. 4:15).

Isaías nos dice de nuestro Amado que él es aquél que es *"experimentado en quebranto"* o en otras palabras, él es experto en las aflicciones. Un claro de ejemplo, es cuando oró en el Getsemaní la noche antes de morir. Su angustia fue a tal grado que sudaba como grandes gotas de sangre, según Lucas. En esos momentos, sus oraciones fueron acompañadas de *"gran clamor y lágrimas"* (Heb. 5:7). Contemplemos al Siervo en Isaías. No hay ansiedad ni crisis emocional con la que él no pueda auxiliarnos.

A pesar de la compasión que tuvo Cristo por atender a personas en sus dolores, el profeta nos sigue describiendo el desprecio que le mostró el hombre. *"como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos"*. El Señor les incomodaba tanto que mejor bajaron su mirada para no tener que verle. La palabra *"menospreciado"* es la misma palabra *"despreciado"* en este versículo. También vemos que no fue estimado. Aquél que para nosotros es precioso (1 Pe. 2:7), no lo fue para la nación de Israel. Alguien podría preguntarnos: ¿Cuánto lo estiman? Tendríamos que utilizar

el lenguaje de la amada de Salomón, cuando ella dice de él: *“Todo él, deseable”* (Can. 5:16). Nuestra estima para él sobrepasa cualquier otra cosa. No hay palabras para describir la manera en la que le estimamos.

Se nos dice en el versículo 4, dos cosas que el Señor haría por los enfermos de su tiempo. Llevaría *“nuestras enfermedades”* y sufriría *“nuestros dolores”*. En el versículo 6 veremos que él llevaría la carga de nuestros pecados; aquí lo vemos cargando enfermedades. Algunos enseñan que este versículo enseña que Cristo sufrió para que nosotros no nos enfermemos. Esto no puede ser, ya que la enfermedad es una consecuencia del pecado heredado de Adán y hay varios ejemplos en la Biblia de hombres piadosos que se enfermaron. En Mateo 8:16, 17 aprendemos cuál es el verdadero sentido de estas palabras. En relación a los enfermos que sanó el Señor, Mateo señala que de esa manera se cumplió esta profecía de Isaías.

Esto también aplica cuando el profeta dice: *“sufrió nuestros dolores”*. Los dolores mencionados en los versículos 5 y 6 son en relación a lo que padeció por nuestros pecados; pero aquí en el versículo 4, los padecimientos tienen que ver con él sanando a los enfermos. Los verbos *“llevó”* y *“sufrió”* en Hebreo describen el mismo acto de alguien soportando una carga. Vemos aquí la ternura y misericordia del Siervo de Jehová quien llevaba la carga de los enfermos para darles su salud. En el versículo 3, vimos que él lleva nuestras angustias; aquí lo vemos cargando las enfermedades durante su ministerio público.

La segunda parte del versículo 4 es un contraste con lo dicho del Señor Jesús. En el sentido de que a pesar de que él sanó a los enfermos, la nación de Israel consideró a Cristo de la siguiente manera. *“Nosotros le tuvimos por azotado, por*

herido de Dios y abatido.” En otras palabras, en vez de que ellos creyeran en Jesús al ver el poder de Dios manifestado en él a través de sus milagros; ellos evaluaron que él fue un hombre cualquiera quien murió sufriendo el castigo divino. Consideraron que su muerte en la cruz fue el resultado de Dios hiriéndole y afligiéndole por algún crimen cometido. No será hasta el versículo 5 que el pueblo judío se dé cuenta que no murió por sus propios pecados, sino que él murió por los pecados de otros.

Los primeros versículos del capítulo, se enfocan en la vida y en el servicio de Jesús aquí en la tierra; del versículo 5 en adelante, el enfoque es en su muerte. Por la gramática de las palabras del versículo 5, encontramos a la nación de Israel viendo hacia el pasado y reconociendo que lo padecido por Cristo fue por sus pecados. No lo reconocieron, pero un día venidero, un remanente de judíos creerá en el Mesías, y de esa manera *“todo Israel será salvo”* (Rom. 11:26). Notemos cuatro palabras que emplea el profeta para describir la intensidad de los dolores de Cristo sobre la cruz, y son: *“herido”, “molido”, “castigo”* y *“llaga”*. En los capítulos 52 y 53 leemos acerca de tres tipos de sufrimientos que experimentó el Señor. Sufrió emocionalmente (53:1-4, 11); físicamente (52:14); y vicariamente (53:5, 6, 10, 11, 12). Por lo tanto, los padecimientos del Señor en el versículo 5, no fueron infligidos por los hombres, sino por Dios por causa del pago hecho por nuestros pecados.

La palabra *“herido”* significa: *“profanar o violar la dignidad de alguien o hacer que algo sea común”*. El Señor fue cosificado en el sentido de que le despojaron de cualquier dignidad y le trataron como si fuera un objeto. Esta palabra *“herido”* se puede traducir también con las siguientes palabras: contaminar, envilecer o mancillar. Está

claro que el Señor nunca pudo haber sido contaminado por el pecado del hombre, pero sí fue humillado hasta el grado de decir de sí mismo: *“Yo soy gusano y no hombre”* (Sal. 22:6). Pero como hemos notado, estrictamente hablando, aquí no es el hombre hiriendo a Jesucristo, sino Dios mismo. En este caso, se acentúa la profundidad de sus dolores al provenir del que es fuego consumidor (Dt. 4:24).

Continúa el profeta escribiendo: *“Él herido fue por nuestras rebeliones”*. Está más que claro que el Salvador no fue herido por algún acto cometido por él, sino que estaba sufriendo en lugar nuestro. Cristo estaba llevando a cabo una obra sustitutiva, en la cual él estaba tomando el lugar de otros. El Nuevo Testamento hace esto abundantemente claro. Él fue *“entregado por nuestras transgresiones”* (Rom. 4:25). *“Murió por nuestros pecados”* (1 Co. 15:3). *“Murió por los impíos”* (Rom. 5:6). *“Cristo murió por nosotros”* (Rom. 5:8). Todas estas son grandes verdades, pero podemos tomar la obra sustitutiva de Cristo de forma personal y decir junto con Pablo acerca de nuestro Amado: *“el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gál. 2:20).

Dijimos que Isaías nos presenta en este versículo cuatro palabras que describen los padecimientos de Cristo. También nos señala cuatro descripciones acerca de nuestra condición, y son: *“rebeliones”, “pecados”, “paz”* y *“curados”*. Muestran nuestra culpabilidad y pobre condición como pecadores ante Dios. Al considerar la primera palabra nos damos cuenta de lo grandioso de esta obra es que el Hijo de Dios fue herido por nuestras *“rebeliones”*. No dio su vida por personas inocentes. Sufrió por causa de nuestra rebeldía. En Hebreo *“rebeliones”* es la palabra *“crímenes”*. El Señor tuvo que padecer en el lugar de nosotros los criminales. En Isaías 50:1 Jehová se lamenta por las *“rebeliones”* de su esposa que

es Israel; aquí encontramos al Mesías soportando dolores indecibles por esos actos de rebeldía contra Dios, de Israel y de todo el mundo. A través de Cristo, ya no somos criminales ante Dios, sino perdonados y justos.

El Señor también fue: *“molido por nuestros pecados”*. Nos debe conmovir el pensar en lo fuerte que es este verbo que en el Hebreo también puede significar: quebrantar, aplastar o desmenuzar. Es la misma empleada por el Espíritu en el versículo 10 cuando se nos dice que *“Jehová quiso quebrantarlo”*. Esto nos confirma que los dolores descritos en el versículo 5 fueron infligidos por Dios, y no por el hombre. Sería imposible tratar de calcular el peso de nuestros pecados que fue puesto sobre él, al grado de que fue molido, aplastado, quebrantado. En este capítulo encontramos al Señor cargando distintas cosas. Lo vemos cargando nuestras angustias (v.3), nuestras enfermedades (v.4) y nuestros pecados (v.5, 6, 11, 12). Gracias a Dios por el que llevó sobre sí nuestros pecados (Heb. 9:28; 1 Pe. 2:24).

No podemos contemplar al Cristo cargado en la cruz con nuestros pecados, sin meditar en el chivo expiatorio de Levítico 16. Cada año, un chivo era escogido para llevar sobre sí el pecado de la nación de Israel y era llevado a una tierra inhabitada para morir solo. Eso fue lo que experimentó el Señor en el Golgota.

Azazel

*Una tierra vi, desierta, sola, inhabitada,
de toda otra tierra distante y muy aislada;
ningún humano había jamás pisado en ella,
tampoco vi un sol ni luna ni estrella.*

*De lágrimas, gemidos, no se hace caso allá,
el cielo muerto y todo manantial muy seco está;
un pájaro que cante jamás allí va a haber,
y alguna flor hermosa tampoco se va a ver.*

*Desolación indescriptible es lo que reina allí,
cual déspota desesperante así fue lo que vi.
Se estanca el aire, no hay estaciones como acá,
no cambia nada, no hay esperanza ni la habrá.*

*Cabizbajo un chivo vi, su carga le pesada;
de ojo hundido, pata hinchada, lento caminaba.
En esa tierra triste, solo y maldito,
abandonado ya, se escucha su balido.*

*El universo traspasó, se oyó con claridad,
también el eco resonó en la gran eternidad,
lamento triste de Uno en cruz atribulado:
Mi Dios, mi Dios, ¿por qué me has desamparado?*

— Isaac Ewen (Traducido por David R. Alves)

La tercera cosa que nos dice el profeta sobre la muerte atroz del Salvador del mundo fue que *“el castigo de nuestra paz fue sobre él”*. En el capítulo 26 de este mismo libro, Judá es castigada por Jehová porque lo merecían. Nosotros somos disciplinados cuando estamos en desobediencia. *“El Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”* (Heb. 12:6). Pero en el caso de nuestro Señor, ¿por qué necesitó ser él corregido? ¿Qué había hecho él que ameritaba ser castigado? Sabemos bien que este castigo no fue por algo que él había hecho, sino porque nuestras almas atribuladas por el pecado necesitaban paz.

La palabra paz es la palabra bienestar en Hebreo. Cristo sobre la cruz hizo exactamente lo que necesitábamos. Realizó esa gran obra para nuestro bien, nuestro bienestar. Antes de conocerle a él, carecíamos de esta paz. Isaías habla sobre esto en su profecía. *“No hay paz para los malos”* (Isa. 48:22). *“No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos”* (Isa. 57:21). *“No conocieron camino de paz”* (Isa. 59:8). ¿Se acuerda la vida miserable que teníamos antes de que Cristo viniera a nuestras vidas? Buscamos paz en muchas cosas, pero no la encontramos, hasta que le conocimos a él. Nadie más pudo traer este alivio a nuestros corazones. Él es el Príncipe de paz (9:6) que la paz en su reino no tendrá límite (9:7). Él es el que nos guarda en completa paz cuando permitimos que nuestras mentes se detengan en él (26:3). Sus pies son hermosos porque nos vino a anunciar un mensaje de alegría, paz y bienestar (52:7).

Para darnos paz, él tuvo que ser castigado y tuvo que pasar por la tormenta por nosotros. De esto escribe David. *“Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado”* (Sal.

69:1, 2). Para traer bonanza a las aguas del mar de Galilea, solo tuvo que hablar; pero para traer paz a corazones quebrantados por el pecado, tuvo que soportar la tormenta que fue desatada sobre él. Esa tormenta era la ira de Dios siendo vaciada sobre él por causa de nuestros maldades.

La última cosa que nos dice Isaías en este versículo acerca de lo que Cristo hizo a nuestro favor es que: *“por su llaga fuimos nosotros curados”*. Este versículo nos ha presentado como rebeldes, pecadores, atribulados, y ahora, la Escritura nos presenta como enfermos. ¡Cuán grande es el impacto de la maldad en nuestro ser! Es evidente que nada podíamos hacer por nuestra cuenta para resolver nuestra depravada y deplorable condición. No podemos sino adorar a Dios por haber destinado a su Hijo para hacer lo que nosotros jamás pudiésemos haber hecho. Su muerte en la cruz resuelve cada una de estas necesidades espirituales que teníamos. Por nuestra rebeldía, fue herido; por nuestra pecaminosidad, fue molido; por nuestro bienestar, fue castigado; y por nuestra enfermedad, fue herido.

El pecado nos había dejado con llagas, heridas golpes, hematomas. La maldad en nosotros era horripilante y asqueroso ante la presencia de Dios. Solo había uno que podía sanar, curar y vendarnos, pero para ello, él tuvo que ser llagado. Lo que él hizo por nosotros, nadie más lo haría. Todo otro médico sana la herida de alguien utilizando medicamentos y vendas. Nuestro Señor, el gran Médico, él permitió que su cuerpo fuese llagado para curarnos. La obra del Señor Jesús es el mejor remedio para la descripción dada por el profeta Isaías a la condición espiritual de Israel. *“Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con*

aceite" (Isa. 1:5, 6). Así nos encontró también a nosotros. Él es el samaritano en Lucas 10, que vio a aquél hombre herido y medio muerto. Él es el hombre que se nos acercó para vendar las heridas que nos había causado nuestra perversidad, echándonos aceite y vino, para llevarnos al mesón para cuidar de nosotros.

Según el versículo 4, él sana enfermedades físicas, pero también estamos viendo aquí, que él es el que sana la enfermedad espiritual del pecado. La palabra curados es la palabra *rapá* en Hebreo. Es la misma palabra que Jehová le dijo a Israel cuando les prometió que no enfermarían. Él les dijo: "*Yo soy Jehová tu sanador (rapá)*" (Éx. 15:26). Démosle gracias a Jesús por habernos curado a través de sus heridas y llagas.

En el versículo 6, se nos presenta una descripción más de los efectos que ha tenido el pecado en nosotros. Somos como ovejas descarriadas que nos hemos descarriado cada quien por su propio camino. El pecado también nos había hecho incrédulos (v.1), nos había llevado a rechazar al Señor (v.2-4) y nos había robado de toda paz (v.5). Ahora Isaías nos contempla como ovejas perdidas. El Espíritu Santo acertó al utilizar este animal por la propensión que tiene a perderse fácilmente. Llama la atención que un mismo animal es utilizado para describir al Señor de gloria y a nosotros miserables pecadores. La oveja nos representa a nosotros en nuestra depravada naturaleza inclinada siempre a desviarse por el camino errado. Pero veremos en el siguiente versículo, que el Señor Jesús también fue comparado a una oveja al ser trasquilada. Estas son cosas que jamás pudiéramos evaluar adecuadamente.

La primera mitad del versículo, expone la seriedad de nuestra condición; y en la segunda parte del versículo,

aprendemos sobre la profundidad de los dolores de Cristo para poder convertirse en el buen Pastor que pudo rescatarnos. Escribe el profeta: *"Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros."* Esto era absolutamente indispensable para la propiciación de nuestros pecados. Meditemos en el hecho de que Dios cargó sobre Cristo todas las maldades de todos los tiempos. Tratemos de considerar lo que eso significó para el Señor. No podemos conocer esto en toda su magnitud, pero sí debemos cavilar sobre esto, y profundizar más y más nuestro conocimiento sobre lo que el Señor sufrió a nuestro favor.

Al mencionarse el hecho de que sería cargado con nuestros pecados, nos lleva a meditar sobre los hombros del Señor. Sobre sus hombros descansará el gobierno eterno (Isa. 9:6). Sobre sus hombros nos lleva a nosotros que éramos ovejas perdidas (Lc. 15:5). Sobre sus hombros están todas nuestras cargas que hemos echado sobre él (1 Pe. 5:7). Pero aquí, al ver sus hombros sobre el madero, vemos nuestras maldades sobre él. Lo mismo encontramos en el versículo 12 donde dice: *"habiendo él llevado el pecado de muchos"*. Le debemos tanto al Señor por haber cargado sobre sí todos nuestros pecados.

El Señor ahora es representado por dos animales: el cordero y la oveja (v.7). No es la única ocasión en la que es comparado a los animales. No comprendemos cómo el Rey de gloria puede ser asemejado a criaturas que él mismo creó. Él mismo se comparó a la serpiente levantada en el desierto (Jn. 3:14) y a una gallina (Mt. 23:37). Fue humillado tanto en su crucifixión que el hombre hizo que él se sintiera como un gusano (Sal. 22:6). Ciertamente el Señor fue *"manso y humilde de corazón"* (Mt. 11:29) al compararse a distintos animales.

Aquí lo vemos primeramente como un Cordero. El cordero es el macho joven de entre las ovejas. Hace pensar en Cristo muriendo a una edad joven. El profeta nos dice que el Mesías sería como un Cordero que es llevado al matadero. Otros animales, como es el caso del cerdo, hacen mucho ruido a la hora de ser matados. Pero el cordero muere en silencio. Este fue el comportamiento de Jesús en su juicio y en su muerte. Al ser juzgado y maltratado, *“él callaba, y nada respondía”* (Mr. 14:61); *“cuando le maldecían, él no respondía con maldición”* (1 Pe. 2:23). En completo silencio fue a la cruz por ti y por mí.

El tema de Cristo como el Cordero lo encontramos hermosamente desarrollado a lo largo de la palabra de Dios. Él es el Cordero señalado (Jn. 1:29); el Cordero sacrificado (1 Co. 5:7); el Cordero apartado (1 Pe. 1:20); el Cordero inmolado (Ap. 5:12); el Cordero adorado (Ap. 5:12); y el Cordero airado (Ap. 6:16). Aquí el profeta Isaías lo presenta como el Cordero enmudecido.

También es visto como una oveja que es llevada ante sus trasquiladores. La oveja es el animal adulto en el ganado ovejuno que tiene lana la cual necesita ser removida periódicamente. Quizás en la lana siendo trasquilada, podemos ver la vergüenza que sufrió el Señor en su juicio al ser desnudado en el pretorio de Pilato. Frente a cientos de soldados, fue quitada su ropa para vestirle con un manto de púrpura en señal de burla. A pesar de todos estos insultos y humillaciones, no habló una palabra. Aquél que con el poder su palabra creó el universo, calmó la tempestad en Galilea, resucitó a su amigo Lázaro, predicó el excelso mensaje del evangelio; y que un día destruirá a todos los poderosos que se opongan a él, en el día de su muerte, guardó silencio. Él

enmudeció, pero vendrá el día cuando los reyes de la tierra enmudezcan ante su gloria y grandeza (Isa. 52:15).

Antes de continuar, es necesario que notemos algo en la forma en la que el Espíritu Santo cita este versículo en el Nuevo Testamento. Aquí en Isaías, leemos que él fue como un cordero que es llevado al matadero y como una oveja delante de sus trasquiladores. Pero en Hechos 8:32, cuando se nos dice lo que leía el Etíope, leemos allí: *“Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila”*. ¿Sí nota la diferencia? El Espíritu tiene el derecho de hacer esto porque él es Dios, él es quien inspiró a quienes escribieron la Biblia. En Isaías, el cordero es llevado al matadero y la oveja es trasquilada. En Hechos, la oveja es llevada al matadero y el cordero es trasquilado. El cordero no es trasquilado porque aún no tiene suficiente lana para necesitarlo. Quizás el Espíritu está enfatizando la crueldad de los padecimientos infligidos al Señor Jesús. Posiblemente lo está comparando a lo cruel que sería trasquilar a un cordero que no lo requiere.

El profeta continúa con el tema del juicio del Señor en el versículo 8. Habla como es que *“por cárcel y por juicio fue quitado”*. Todo indica que el Señor pasó la noche detenido, después de ser arrestado en el Getsemaní, hasta la mañana siguiente que inició su juicio. No comprendemos lo que habrá sido para hombres piadosos como Jeremías, Juan el Bautista, Pablo, Pedro y Juan ser encarcelados. Lo que resulta imposible de comprender es lo que habrá sido para el Señor de gloria experimentar esa tribulación. La palabra *“quitado”* en el Hebreo describe a alguien que es capturado. Pensar que el que vino para liberar a los encarcelados (Isa. 42:7), él mismo fue capturado y privado de su libertad.

Isaías vuelve a hablar de la muerte del Mesías al decir: *“su generación, ¿quién la contará?”* El Señor vivió en una sociedad en la que las genealogías eran muy importantes. Tan importantes, que hasta se exageraba en cuanto al conocimiento que deseaban tener respecto a las familias de las cuales provenían. En el caso del Señor, mientras todos tenían su descendencia de la cual se gozaban—o hasta se vanagloriaban—pero él no tuvo generación. Murió a una edad joven, en el vigor y en la fuerza de su vida. Lo maravilloso es que, aunque murió sin descendencia física, espiritualmente hablando, ha llevado muchos hijos a la gloria (Heb. 2:10). ¡Cuán numerosa es la familia de Dios por causa del que murió sin dejar descendencia!

También en cuanto a su muerte, Isaías nos dice del siervo de Dios: *“porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido”*. El hecho de que fue cortado, habla de lo breve que fue su vida. En cierta manera, de la perspectiva del hombre, su vida fue arrancada de él antes de tiempo. Aunque sabemos que todo se llevó según la voluntad de Dios y de Cristo. De igual manera, esta forma de expresarse, habla de la muerte violenta que padeció el Señor. Su muerte en la cruz fue como una planta que cortada o arrancada.

El profeta utiliza en tres ocasiones en el capítulo 53 la vegetación para asemejarla a las experiencias de Cristo. En el versículo 2, nos dijo que el Señor fue como un *“renuevo tierno”* y como *“raíz de tierra seca”*. En el versículo 11, veremos que nosotros somos el *“fruto de la aflicción de su alma”*. Aquí en el versículo 8, él es *“cortado de la tierra de los vivientes”*. Esta es una clara profecía de que el Mesías moriría. Isaías 53 no puede referirse a la nación de Israel,

como lo afirman los judíos, porque ese pueblo no ha muerto. El Hijo de Dios sí murió dando su vida sobre esa cruz.

Deberíamos notar que la idea de ser cortado, bajo la ley de Moisés, describe el juicio mortal que recibían personas en el campamento de Israel que cometían diversos pecados. Aquél que jamás pecó, fue cortado al llevar la ira de Dios por nuestros pecados.

En el versículo 5, ya vimos que el Cristo murió por nuestras rebeliones. Aquí lo vuelve a mencionar, pero lo especifica en relación a su pueblo que es Israel. No podemos leer estas palabras de Isaías sin pensar en el significado del nombre Jesús. El ángel le dijo a José: *“le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”*. Cristo murió por las rebeliones del mundo y por las rebeliones de Israel. La rebelión de Israel le costó a Cristo ser herido. La rebelión de Israel hirió el corazón de Jehová e hirió el cuerpo de Cristo al estar sobre el madero.

Aprendemos algo sobresaliente acerca de la sepultura de Jesús en el versículo 9. El profeta anuncia: *“Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte”*. Esto quiere decir que Pilato habría decidido hacer con el cuerpo del Señor lo mismo que se hacía con todos los que eran crucificados. Ellos eran echados a una fosa común o tirados al basurero a las afueras de Jerusalén llamado Gehena en el valle de Hinom. Dios Padre no iba a permitir esto. Su Hijo ya había sufrido demasiada humillación y sufrimiento. Él le daría una sepultura digna.

En vez de que fuese sepultado como cualquier otro criminal, sería sepultado por personas que habían prosperado. Esta profecía se cumpliría con la participación de José de Arimatea y Nicodomo en la sepultura del Señor a quien ellos tanto amaban. Vemos su riqueza en sus

ocupaciones. Nicodemo era *“principal entre los judíos”* y *“maestro de Israel”*. José es descrito como siendo *“hombre rico”* y *“miembro noble del concilio”*. Pero vemos su riqueza también en lo que destinaron para la sepultura del Señor. Nicodemo dispuso *“un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras”*. Esto equivalía al salario de todo un año. José le donó al Señor un sepulcro nuevo que él mismo había labrado de una peña. Él también compró una sábana limpia en la que sería envuelto Jesucristo. Con mucha devoción, estos dos hombres, bajaron el cuerpo de Jesús de la cruz, lo envolvieron con especies y la sábana, y lo pusieron en el sepulcro. En su muerte, su cuerpo fue tratado por *“manos de inicuos”*, pero en su sepultura, su cuerpo fue manejado por dos hombres justos.

El profeta señala que él experimentó todo esto, a pesar de que *“nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca”*. La palabra *“maldad”* en el Hebreo significa: *“violencia, injusticia, crueldad”*. No solo encontramos en Cristo ni una sola acción indebida, pero tampoco una palabra de engaño que él haya pronunciado. Cristo es el ejemplo perfecto de lo que Dios quiere ver en todos los que desean servirle, como lo hizo su Hijo. La santidad de Dios exige que le ministremos sin maldad y sin engaño en nosotros. Todo lo que hacemos y todo lo que decimos, debe ser para la gloria y honra de Dios. Isaías ya nos había hablado de la boca de nuestro Salvador. Él escribió: *“Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado”* (Isa. 50:4). Al pensar en su boca, no podemos sino exclamar junto con aquellos hombres: *“¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”* (Jn. 7:46).

En cuanto a la pureza de Cristo, esto es algo sobre lo cual afirman una y otra vez los escritores de la palabra de Dios, inspirados por el Espíritu. *“No conoció pecado”* (2 Co.

5:21), escribió Pablo de él. En Hebreos 7:26 leemos que él es *“santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores”*. En ese mismo libro se nos dice que *“fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”* (Heb. 4:15). El ángel que anunció su nacimiento se refirió a él como *“el Santo ser”* (Lc. 1:35). El apóstol Juan afirma que *“no hay pecado en él”* (1 Jn. 3:5) y que *“él es puro”* (1 Jn. 3:3). En su sermón después del día de Pentecostés, Pedro lo llamó: *“Santo”* y *“Justo”* (Hch. 3:14). Escribió el mismo escritor de él que era *“un cordero sin mancha y sin contaminación”* (1 Pe. 1:19). Pedro cita estas palabras de Isaías cuando escribió: *“el cuál no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca”* (1 Pe. 2:22). Todas estas gloriosas afirmaciones sobre la impecabilidad de Jesús, como si fuera, contestan a la pregunta hecha por el Señor: *“¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?”* (Jn. 8:46). Adoramos al Señor por su perfecta pureza.

Los escritores inspirados por el Espíritu Santo no fueron los únicos en afirmar su santidad. ¡Sus propios enemigos afirmaron su perfección! Judas, el que lo traicionó, dijo de él: *“Yo he pecado entregando sangre inocente”* (Mt. 27:4). Pilato, el gobernador que estuvo a cargo de su crucifixión, afirmó sobre él: *“Ningún delito hallo en él”* (Jn. 19:4). La esposa de Pilato le rogó que no tuviese nada que ver con Jesús, *“ese justo”* (Mt. 27:19), porque había soñado sobre él. El centurión que supervisó la crucifixión del Mesías, al haber muerto el Señor, declaró: *“Verdaderamente este hombre era justo”* (Lc. 23:47). El ladrón que fue clavado a una cruz a su lado, le dijo al Hijo de Dios: *“Este ningún mal hizo”* (Lc. 23:41). Nos admiramos sobre el hecho de que aún los que detestaban al Señor, hablaron de su carácter inmaculado. Estas palabras también nos confirman que Isaías 53, no puede referirse a Israel, porque sería imposible decir sobre ellos que nunca

hicieron maldad, ni hubo engaño en sus bocas. Solo se puede decir eso de uno, y es el puro y perfecto Hijo de Dios. Cristo no pecó, y era completamente imposible que pudiese haber pecado.

El profeta escribe: *“Con todo eso”* (v.10), en el sentido de que, a pesar de que no hubo engaño en su boca y que no hizo maldad, Isaías dice: *“Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento”*. Estas son palabras que tenemos que tratar con suma delicadeza. Son mares que no podemos lograr sondear en su totalidad. Deben despojar nuestros corazones de cualquier sentido de indiferencia, y deben conmover nuestros corazones, para adorar con todo nuestro ser al Señor.

La palabra *“quiso”* puede significar: *“complacerse”*. Explíqueme cómo Dios encontró placer en quebrantar y en sujetar a su precioso Hijo para que padeciera. Ciertamente nadie puede describirlo ni entenderlo.

Hay cosas en las que sí entendemos por qué Dios se agradó de su Hijo. Se deleitó en él todos los días en la eternidad pasada antes de que fuese creado el universo (Pr. 8:30). Su encarnación fue algo que agradó al Padre. *“Agradó al Padre que en él habitase toda la plenitud”* (Col. 1:19). Dios públicamente expresó su agrado en su Hijo cuando fue bautizado y cuando transfiguró su gloria. Cristo podía decir en cuanto a esto: *“Yo hago siempre lo que le agrada”* (Jn. 8:29). Dios Padre afirmó esto, como ya hemos visto en este mismo libro de Isaías, cuando él dice de Jesucristo: *“En quien mi alma tiene contentamiento”* (Isa. 42:1). Lo que no comprendemos es cómo este mismo Dios se complació en causarle sufrimiento.

Sabemos bien que la única razón en la que estuvo dispuesto en hacerlo, fue por su amor hacia una humanidad

perdida en el pecado, para brindarles salvación por medio de esos padecimientos de su Hijo.

El hombre se burló del Señor sobre esto. La multitud al pasar por la cruz, pidieron que Dios lo salvara de estar colgado allí, si realmente se complacía en él (Sal. 22:8). Mientras que el Señor soportó estas injurias, él tuvo que soportar el dolor de que su Dios se complaciera en herirlo por causa de nuestros pecados.

Cuando Isaías describe a Jehová quebrantando a Jesús, se refiere a las tres horas cuando lo aplastó, molió y desmenuzó, al cargar sobre él todas nuestras iniquidades. Esta palabra *“quebrantándolo”* en el versículo 10, es la misma palabra que encontramos en el versículo 5, cuando nos describió que Cristo fue *“molido por nuestros pecados”*. Por lo tanto, fue quebrantado en su muerte; pero también fue quebrantado a lo largo de su vida aquí sobre la tierra. En el versículo 3, él es el *“varón de dolores, experimentado en quebranto”*. Fue quebrantado por la ira de Dios por nuestros pecados en su muerte; y en su vida, fue quebrantado por todas las tristezas y aflicciones que experimentó.

Al escribir sobre el hecho de que Dios lo sujetó a padecimiento, pensamos en Cristo obedeciendo a su Padre no solo durante toda su vida, pero también al sufrir por nuestras maldades. La palabra *“padecimiento”*, en el Hebreo, es la idea de afligir. En el versículo 7 vimos que el Señor fue afligido por los hombres; pero aquí él está siendo afligido por su propio Dios al llevar la carga de nuestros pecados. Jesucristo exclamó sobre la cruz: *“No te alejes de mí; porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude”* (Sal. 22:11). Encontremos refugio en el Siervo de Jehová quien sufrió aflicción por parte de los hombres y de Dios, cuando nosotros estemos siendo afligidos.

Isaías señala que lo hecho por Cristo en la cruz fue en *"expiación por el pecado"*. La palabra expiación en Hebreo, es la misma palabra que se utiliza en el Pentateuco, al hablar de la ofrenda del pecado o de la culpa (Lv. 5:6, 7, 15, 16, 18, 19; 6:6). Una vez más, esto confirma que el siervo de este capítulo no puede ser Israel, porque dicha nación no sufrió por el pecado de otros. También confirma, que el Mesías no estaba padeciendo por su pecado, porque él era perfecto, sino que sufrió por las maldades de toda la humanidad. En lo que él nos ha otorgado por medio de lo que él padeció, ha excedido infinitamente lo que los Israelitas recibían al ofrendar la ofrenda del pecado o de la culpa.

El profeta recalca algo muy precioso. Nos hace ver que el Señor puso su vida en expiación. Fue algo que él hizo voluntariamente en obediencia a su Padre. Primero vimos la voluntad de Dios. *"Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento."* Pero aquí vemos que el Hijo aceptó su voluntad y obedeció al poner *"su vida en expiación"*. Jesús dijo: *"Yo pongo mi vida" y: "Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla"* (Jn. 10:17, 18).

Cuando Isaías menciona que Cristo puso su vida en expiación. La palabra *"vida"* en Hebreo se refiere a su alma, persona, apetito, mente deseo, emoción. En otras palabras, es todo lo que engloba a una persona. Cristo dio todo de sí mismo para ser nuestra ofrenda por el pecado o por la culpa. En el versículo 11, leemos acerca de la *"aflicción de su alma"*; y en el versículo 12, veremos que él *"derramó su vida hasta la muerte"*. Para poder expiar nuestros pecados, tuvo que entregarse completamente por nosotros. Él nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Gál. 2:20). Él amó a la iglesia y se entregó por ella (Ef. 5:25). Una vez más, nos

podemos admirar de la perfecta obediencia de Cristo como Siervo mostrada hacia su Padre.

El profeta nos detalla el hecho de que la obra expiatoria de Cristo, ha resultado en que él será recompensado por Dios de distintas maneras. Esto lo vemos también en los versículos 11 y 12. Lo mismo vimos en el capítulo 52 en los versículos 13 y 15. Isaías 52 y 53 nos habla sobre lo que la obra de Cristo nos ha dado a nosotros, pero también nos revela lo que le ha dado a Cristo mismo. El hecho de que Dios recompensará a su Hijo el Siervo, nos debe recordar una vez más que nuestro Padre nos recompensará también a nosotros por todo lo que hagamos para él. Esto lo notábamos en el capítulo 49.

En los últimos tres versículos de Isaías 53, se infiere que el Hijo de Dios, no solo moriría, sino que también resucitaría. Isaías nos habla del Mesías que sufriría intensamente hasta tener que morir, pero después nos habla del futuro glorioso del Salvador. Para que esto sucediese, obviamente él tuvo que haber resucitado. Esta sección del Antiguo Testamento, no es la única que profetiza la resurrección de Jesús. Véase por ejemplo: Gn. 3:15; Job 19:25; Sal. 16:10.

En este versículo 10, son tres beneficios que recibirá el Mesías. En primer lugar, *"verá linaje"*. Se le promete a Cristo Jesús ver su simiente o descendencia. Aquí se responde la pregunta del versículo 8 donde dice: *"su generación, ¿quién la contará?"* Es por medio del Señor que se le prometió a Abraham una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y como el polvo de la tierra. Cuando llegemos al cielo y estemos en la presencia de nuestro Padre y nuestro Salvador, será como aquella ocasión que José le presentó a su padre Jacob a sus hijos, después de no verse por muchos

años. Jacob le preguntó: “¿Quiénes son estos? Y respondió José a su padre: Son mis hijos que Dios me ha dado aquí” (Gn. 48:8, 9). Normalmente el hombre ve su linaje a lo largo de su vida; pero Cristo tuvo que morir para algún día ver su linaje. Anhelamos aquél día cuando por primera vez nosotros veamos a Cristo, y él nos vea a nosotros.

En segundo lugar, se le promete que “vivirá por largos días”. Se le asegura una vida prolongada. La longevidad en la Biblia es señal de su aprobación hacia alguien. Se le promete la bendición de una larga vida a los que obedecen a sus padres (Éx. 20:12); a los que obedecen la palabra de Dios (Dt. 4:40); a los que andan por el camino de Dios (Dt. 5:33); a los que son honestos en sus negocios (Dt. 25:15), y por otras razones más. El Señor jamás volverá a morir, sino que “vivirá por largos días”, en “el poder de una vida indestructible” (Heb. 7:16). Acerca de su larga vida, Cristo afirma: “yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén” (Ap. 1:17, 18).

En tercer lugar, Dios promete recompensar a su Hijo al permitir que “la voluntad de Jehová será en su mano prosperada”. La voluntad de Dios aquí es su placer o delicia, según el Hebreo. En otras traducciones, esta frase aparece como: “El placer de Jehová prosperará en su mano”; “Los buenos planes de Jehová prosperarán en su mano”; y “Por su mano, los placeres de Jehová se realicen”. Esto quiere decir que todos los propósitos de Dios se cumplirán en Cristo. El rapto de la iglesia, la tribulación, el reino milenar, el juicio del gran trono blanco, la Nueva Jerusalén, el estado eterno; todo se cumplirá en su Siervo perfecto. Si Cristo completó la obra de la creación y la obra de la salvación; él podrá completar todos los propósitos futuros que tiene Dios.

El profeta continua diciéndonos en el versículo 11 las formas en las que el Padre recompensará a Jesucristo, su Siervo. *“Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho.”* Describe el día futuro cuando Cristo vea a los que le costaron tener que sufrir dolores muy profundos. Nosotros somos el *“fruto de la aflicción de su alma”*. Debe saturarse nuestros corazones de adoración a Cristo, cuando pensamos en la intensa agonía que nosotros le causamos. Un dolor tan profundo que jamás podrá él olvidarlo.

Dios nos da el privilegio de pisar sobre tierra muy santa cuando nos deja ver hasta los sentimientos más personales que experimentó Jesús en su alma. Aquí observamos su alma afligida. El alma del Señor también sintió estar en peligro (Sal. 22:20). Supo lo que fue estar inundada por la ira de Dios (Sal. 69:1). En el Getsemaní, su alma se entristeció hasta la muerte (Mt. 26:38). Al anticipar su muerte, su alma se turbó (Jn. 12:27). En Isaías 53, su alma no solo fue afligida, pero también fue ofrendada (v.10) y derramada (v.12).

Al ver la aflicción de su alma, quedará satisfecho. Dios quedó, y quedará por siempre, satisfecho con la obra de la cruz. El Padre y el Espíritu quedaron satisfechos con lo realizado por Jesucristo, y muestra de ello, fue que lo resucitaron de entre los muertos al tercer día. Nosotros al creer en Cristo, expresamos que en otras palabras, estábamos satisfechos con lo que él hizo a nuestro favor. Cristo mismo quedó satisfecho con su obra al clamar: *“Consumado es”*, y un día venidero al vernos en la gloria, también quedará satisfecho.

Isaías continua escribiendo sobre el Mesías, y dice: *“por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos”*. Pudiéramos tomar estas palabras de dos maneras. En primer

lugar, el conocimiento es el evangelio que oímos para ser justificados de nuestros pecados. La segunda manera en la que lo podemos ver, es que el Señor nos elige de antemano a través de su conocimiento para justificarnos. Cualquiera de las dos ideas, nos hacen admirarnos de la gracia de Dios que nos haya permitido ser declarados justos, a pesar de que éramos culpables delante de él. Estas palabras del profeta, no solo nos hacen ver que lo hecho por Cristo en la cruz fue para un gran número de personas, porque habla de *“muchos”*; pero también resaltan la justicia de nuestro Señor. Nuestra justificación es en base a la rectitud del siervo perfecto de Jehová. Pablo escribió: *“no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”* (Fil. 3:9). La justificación del pecador, siempre ha sido y siempre será, por medio de la gracia de Dios. Es algo que el hombre no puede llegar a merecer con sus obras, sino que es algo que solo puede obtener por medio de la fe. Es maravilloso leer sobre dos grandes doctrinas del evangelio en Isaías 53 que son la propiciación y la justificación.

El versículo 11, termina diciendo: *“y llevará las iniquidades de ellos”*. Esto es algo que ha venido enfatizando una y otra vez al presentarnos la gran obra de Cristo en la cruz. No nos cansamos de escuchar sobre el hecho de que en ese madero, el Salvador del mundo llevó nuestros pecados. Para justificarnos, no solamente tenía que ser justo, pero también tuvo que pagar nuestros pecados para satisfacer las demandas de Dios por nuestros pecados. Es nuestro deseo que Dios reciba toda la honra y gloria por el plan de salvación que él mismo diseñó. Este plan que a su Hijo le causó un gran dolor y que ha nosotros nos ha beneficiando tremendamente.

Llegamos al final de este majestuoso pasaje en las Escrituras. El profeta concluye recitando en el versículo 12 más recompensas que el Padre le ha prometido a Cristo su siervo. Se nos vuelve a recordar el hecho de que Dios recompensa todo lo que es hecho por él. Todo lo que hacemos para el disfrute de Dios, un día será reconocido en el tribunal de Cristo.

El Padre le promete: *“Yo le daré parte con los grandes”*. Esto no quiere decir que Jesús está siendo igualado con otros grandes y que un día será igual que ellos. Lo que Dios le asegura a su Hijo precioso es que los grandes serán su porción o su parte. Esto lo pone por encima de todos los grandes. Todos los reyes de la tierra reconocerán su autoridad y gobernarán sujetándose a él. De manera que él no comparte porción con nadie sino que los grandes serán su porción.

La segunda cosa que Jehová le promete a su siervo perfecto es que *“con los fuertes repartirá despojos”*. Los despojos son el botín que recibe la nación que conquista a otra nación. Vemos un ejemplo de esto con David (1 Sam. 30:26). Habiendo llegado a Siclag, envió parte del botín a Judá para compartirlo con sus amigos.

Un día el Señor vencerá a las naciones y él será el que reparta los despojos a los fuertes. El hecho de que Jesús tendrá a los grandes como su porción, nos hace ver algo de su exaltación. Aquí notamos que habiendo él repartido el despojo de los fuertes, nos hace ver su enriquecimiento. El que es visto en esta profecía sufriendo menosprecio y bajeza, al ser presentado como un Siervo; será exaltado a tal grado que reinará sobre los grandes y administrará los despojos. El Espíritu de Dios a través de Isaías nos da cuatro razones por las que el siervo de Jehová debe ser recompensado.

En primer lugar, *“por cuanto derramó su vida hasta la muerte”*. Esto hace alusión a la ofrenda de la libación que se ofrecía bajo el antiguo pacto. Se tomaba agua, aceite o vino y se vertía delante de la presencia como ofrenda a él. Jacob derramó aceite (Gn. 35:14). David derramó agua (2 Sam. 23:17). Los israelitas debían derramar vino sobre los sacrificios (Nm. 6:15, 17; 28:14, 31). Al ser el líquido derramado estaba siendo completamente entregado a Jehová.

Pablo entendía que su vida consagrada a Dios era como la ofrenda de la libación (Fil. 2:17; 2 Tim. 4:6). Veía su vida como siendo derramada delante de Dios. Nosotros deberíamos tener el mismo deseo. Al considerar a aquél que *“derramó su vida hasta muerte”* es que tendremos el propósito de entregarnos a Dios con todo lo que somos. Contemple al Redentor. Sobre la cruz, él dijo: *“He sido derramado como aguas”* (Sal. 22:14), porque dio todas sus fuerzas al sufrir por nosotros. Aquí estamos notando la grandiosa verdad que él derramó su vida. Lo dio todo a Dios. Hagamos lo mismo nosotros. Derramemos nuestra vida al que lo dio todo a su Padre por nosotros.

En segundo lugar, el Señor será galardonado grandemente, porque *“fue contado con los pecadores”*. El Señor mismo dijo antes de morir que esta profecía se cumpliría con él muriendo sobre la cruz (Lc. 22:37). Se cumplió cuando fue colgado entre dos malhechores, como si él fuera uno también. Ya vimos en el versículo 3 que las personas pensaron que él estaba siendo justamente castigado por Dios por algún acto cometido por él. ¿Qué habrá sentido el alma de Cristo en toda su pureza haber sido contado con los pecadores? No comprendemos cómo aquél que cuenta nuestros cabellos y que puede contar todas las estrellas, haya

sido contado como si fuera cualquier criminal. Ciertamente merece ser exaltado y enriquecido.

En tercer lugar, el profeta señala que Cristo recibirá recompensas porque llevó *“el pecado de muchos”*. Ya hemos considerado en los versículos 5, 6 y 11 que para Cristo fue como llevar una inmensa carga, cuando él padeció por nuestros pecados. Alabamos al Cordero de Dios que haya llevado nuestros pecados. Bendecimos a aquél *“quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”* (1 Pe. 2:24).

Y en cuarto lugar, el Mesías será bendecido por haber *“orado por los transgresores”*. En su gracia, los rebeldes son uno de los enfoques de sus oraciones. No podemos entender cómo es que oró por aquellos que lo clavaban cruelmente a la cruz. *“Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”* (Lc. 23:34). Ora por el perdón de los rebeldes. Pero también ora por los creyentes. Le dijo a Simón Pedro que oraba por él para que su fe no fallara al querer el diablo zarandearlo (Lc. 22:32). Ora por nuestra preservación. Allá en el cielo vive para siempre interceder por nosotros. Sus oraciones han permitido que seamos salvos de nuestros pecados y que seamos guardados de aquél que quiere hacernos caer.

5

Los siervos como el Siervo

¡Qué vistazos tan más sublimes hemos visto del Siervo de Jehová! Hemos contemplado su carácter, recompensa, entrega y sus sufrimientos. La vida y la muerte de Jesucristo, no solamente han resultado en nuestra salvación, pero también deberían tener un gran impacto sobre nuestras vidas. No podremos vivir una vida plena para la gloria de Dios, hasta que no emulemos el ejemplo del Siervo de Dios.

Puntualmente, hay por lo menos tres cosas que deben marcar nuestras vidas, si vamos a querer ser como el Siervo del que profetizó Isaías.

En primer lugar, al mirar al Hijo de Dios, desearemos ser humildes. La palabra siervo no puede ir en el mismo enunciado que la palabra egoísta. Al ver la humildad de Jesús, nos damos cuenta que el “yo” ya no puede gobernar

nuestras vidas; sino que debe comandarnos aquél que nos amó hasta la muerte. Ya no tenemos derechos, hermanos; porque a ellos renunciamos el momento que lo reconocimos como Señor. ¿Cómo puedo estudiar la vida del Siervo perfecto de Dios y seguir haciendo lo que yo quiero? ¿Cómo puedo ver el grado de bajeza al que estuvo dispuesto a llegar mi Salvador y no querer hacer lo mismo? Él merece todo de nosotros. Renunciemos a nuestra carne y al mundo y entreguémonos completamente a él.

Estudiar al Siervo en la profecía de Isaías debería producir, en segundo lugar, devoción. Su entrega intensa y constante a su Dios debe quebrantar nuestro orgullo y hacernos ver lo poco que somos y hacemos para él. La devoción de Jesús para disfrutar una comunión íntima con su Padre debe hacernos ver lo pobre que es nuestra comunión con él. En un mundo lleno de tantas distracciones, especialmente por el desarrollo tecnológico, nos está robando de tiempo muy valioso que pudiéramos estar pasando en presencia de Dios. Jamás llegaremos a nuestro potencial si no hacemos cambios drásticos en nuestras vidas para poder tener el tiempo adecuado de estar con Dios en la oración, lectura y meditación. Pero también debe impactarnos la devoción de Jesús a su Padre en el día de su gran angustia cuando llevó el pecado del mundo sobre su espalda. ¿Estás dispuesto a ser devoto a Dios aún en los días más difíciles de tu vida?

Como alguien bien escribió:

*¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?
¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?*

Por último, de entre muchas cosas más que pudiéramos resaltar de la Persona de Jesucristo como Siervo, veamos su firme confianza en su Padre. El hermoso Salmo de David nos hace ver que él confió en su Dios desde que estaba a los pechos de su madre. Cristo es el ejemplo perfecto de cómo confió en su Dios a pesar de todas las adversidades que sufrió. Confió que su servicio sería galardonado. Confió que su Padre le sustentaría en toda obra que hacía. Confió que lo sufrido en el Gólgota sería para proveerle al mundo el perdón de sus pecados. El escritor anónimo de la carta a los Hebreos nos hace ver que Cristo, a través de las cosas que sufrió, aprendió la obediencia (Heb. 5:8). Él entendió eso y confió siempre que resultaría para bien nuestro y para la gloria eterna de su Padre. Miremos al Siervo de Dios y confiemos en nuestro Padre sin desfallecer, sin importar en cuál circunstancia nos encontremos. Creamos de todo corazón que todo lo que Dios permite en nuestra vida y servicio a él es para su agrado y para nuestro bien.

Vivamos día a día aceptando la invitación que nos hace Dios al decirnos: “Miren a mi Siervo”.

